

# Habitar un lugar en el tiempo

Igualdad

ALEXANDRA HAAS

Cambio

BRIGITTE BAPTISTE

Humanización

MATÍAS REEVES

Cuerpo

ÁLVARO RESTREPO

Evolución

JORGE ORLANDO MELO

Tejido

VELIA VIDAL

Oportunidad

DÁLIDA VILLA

Afecto

LUZ MARINA VELÁSQUEZ

50 AÑOS FUNDACIÓN SURA

**50 AÑOS FUNDACIÓN SURA**

# Habitar un lugar en el tiempo

FUNDACIÓN

SURA 

# ÍNDICE

**PRÓLOGO**..... 6  
Fundación SURA

**HABITAR UN LUGAR EN EL TIEMPO** ..... 10

---

**CAPÍTULO I**  
**REFLEXIONES SOBRE LA IGUALDAD** ..... 14  
Alexandra Haas

**CAPÍTULO II**  
**LA DIRECCIÓN DEL CAMBIO** ..... 34  
Brigitte Baptiste

**CAPÍTULO III**  
**HUMANIZAR LA EDUCACIÓN. EL MÁS GRANDE DESAFÍO  
QUE NOS DEJA LA PANDEMIA** ..... 42  
Matías Reeves

**CAPÍTULO IV**  
**Y.O.S.O.Y./S.O.M.O.S. C.U.E.R.P.O.** ..... 66  
Álvaro Restrepo

HABITAR UN LUGAR EN EL TIEMPO

FUNDACIÓN SURA

**CAPÍTULO V**  
**LAS FUNDACIONES Y LA SOCIEDAD: UNA APROXIMACIÓN  
AL CASO COLOMBIANO** ..... 78  
Jorge Orlando Melo

**CAPÍTULO VI**  
**TEJER CON LETRAS EN MEDIO DE LA SELVA.  
MOTETE EN EL DEPARTAMENTO DEL CHOCÓ** ..... 108  
Velia Vidal

**CAPÍTULO VII**  
**UNA EXPERIENCIA ÚTIL PARA TIEMPOS DIFÍCILES** ..... 126  
Dálida Villa

**CAPÍTULO VIII**  
**EL EFECTO DEL AFECTO** ..... 136  
Luz Marina Velásquez

---

**EPÍLOGO**..... 146

**LOS AUTORES** ..... 150

**CRÉDITOS** ..... 154

# Prólogo

IGUALDAD  
CAMBIO  
HUMANIZACIÓN  
CUERPO  
EVOLUCIÓN  
TEJIDO  
OPORTUNIDAD  
AFECTO



Fundación SURA

Cumplir medio siglo de vida evoca un periodo de madurez. Sin embargo, los años se diluyen con la suma de los días y a cada etapa de tiempo la marca un contexto particular. Las circunstancias habitan en el tiempo y bajo esas circunstancias habitamos todos. En esa temporalidad cambiante se construye una fundación que celebra hoy sus cincuenta años: la Fundación SURA.

Durante estas cinco décadas, incluso antes y con seguridad que después de hoy, la humanidad en su constante búsqueda por el bienestar y la supervivencia ha abordado algunas dimensiones de los seres humanos. Mal que bien hemos ido sobrellevando los desafíos —aún existentes— en materia de educación, salud, vivienda, cultura. Con esa mirada panorámica que nos trae la palabra *humanidad*, es prudente decir que la capacidad de una compañía —cualquiera que esta sea— de suplir esas necesidades o carencias es irrisoria. Por eso la pregunta acerca de cómo se contribuye a mejorar la vida de los ciudadanos debe ser una constante para todos: personas, comunidades, compañías, fundaciones, Estados.

No han sido ni serán las fundaciones las que cambien la historia de la humanidad, esa es la hipótesis que planteamos. Sabemos que contribuyen, pero somos conscientes de las limitaciones de alcance, estructura y capacidad.

Como sociedad no hemos sabido resolver las problemáticas sociales que cargamos con los años. En cambio, sí hemos creado otras brechas: de participación, inclusión y reconocimiento, por ejemplo. Se abren nuevas aristas y las respuestas se complejizan: ¿cómo contribuyen las fundaciones a la sociedad bajo esas nuevas problemáticas?

Al final del día, como dice Ortega y Gasset: «El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene historia», y ese devenir histórico de la Fundación SURA, más allá de su genuina labor, son los

aprendizajes de estos años. Las fundaciones no tienen naturaleza, tienen una historia.

Las páginas de este libro no se centran en narrar lo vivido, pero sí, en cambio, en construir conocimiento a partir de las reflexiones que surgen de las preguntas que trae la experiencia. Algunas de estas preguntas solo se revelan cuando se adquiere suficiente madurez para mirar el pasado con humildad, comprender el presente con apertura y desear un futuro con oportunidades.

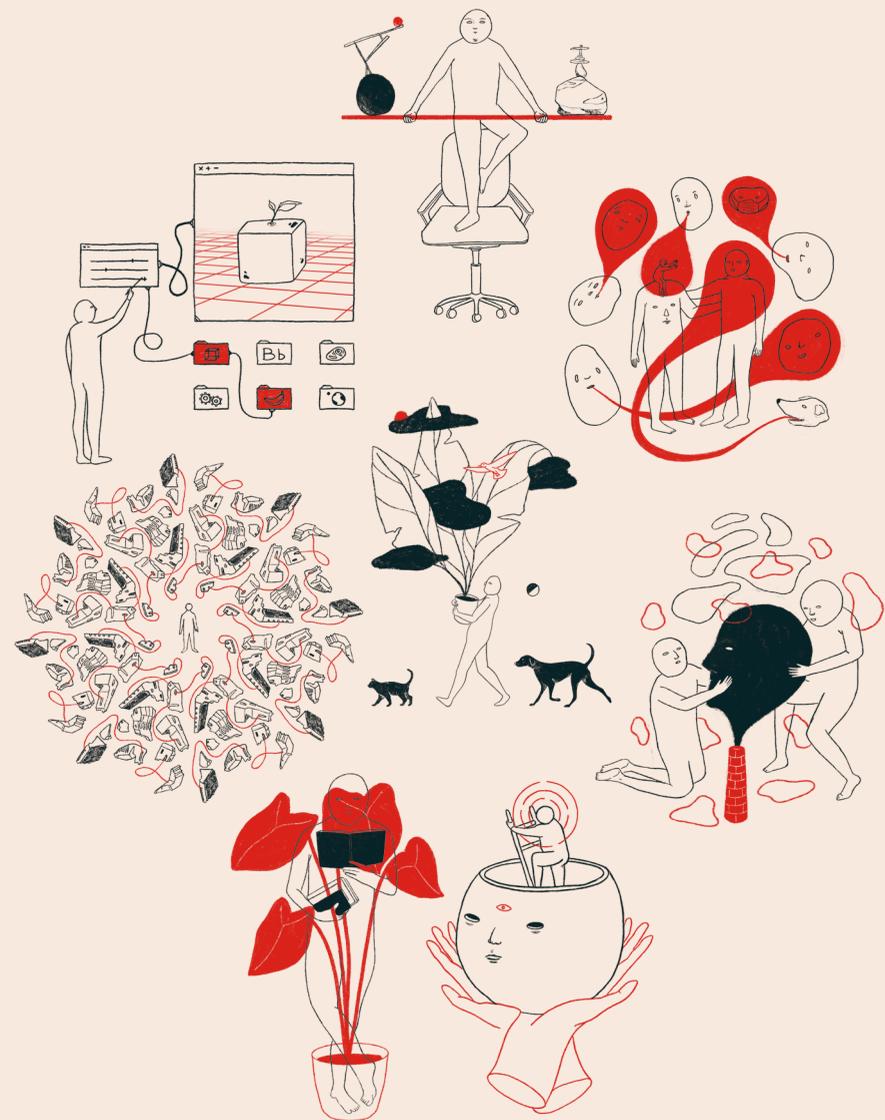
Lo que hemos hecho no es suficiente.

Esta publicación reúne el conocimiento, la experiencia, el pensamiento crítico y la palabra de ocho autores, para que, en conjunto con lo que le transmita al lector —generar reflexiones es nuestra principal apuesta—, podamos contribuir al desarrollo armónico de la sociedad, es decir, aportar desde nuestro hacer a que crezcan las personas, las comunidades y las empresas. Pensar en la sociedad como un todo, en el que las partes involucradas incrementen su bienestar. Ello requiere un equilibrio en la gestión de capitales: capital humano, capital social, capital natural y económico.

Reunimos a estos autores porque con ellos buscamos entender de una mejor manera los desafíos que seguimos teniendo como sociedad, desde los derechos humanos, la cultura, la educación, el entorno. Para que, en los textos académicos y anecdóticos que nos comparten, nos den pistas de actuación y, en los años venideros, en los que la gestión social tiene cabida, la palabra *respeto* anteceda cualquier decisión.

Celebramos la vida y los años de una fundación, pero, sobre todo, festejamos el encuentro de la Fundación SURA con los cientos de personas, organizaciones e iniciativas que diariamente nos prestan sus ojos para ver la realidad desde diferentes puntos.

¡Que sus ojos encuentren algo para leer distinto en estas páginas!



HABITAR UN LUGAR EN EL TIEMPO

FUNDACIÓN SURA

## Habitar un lugar en el tiempo

Los ensayos que componen esta publicación de la Fundación SURA nos acercan a temas fundamentales de la sociedad contemporánea. Sabemos que, para ejercer el papel de ciudadanos corporativos, las empresas y las organizaciones deben comprender la historia y el contexto en el que se desempeñan y conocer las dinámicas sociales, económicas y culturales que mueven al país. No basta acumular años de existencia, se trata de habitar con compromiso el lugar que nos ha correspondido en el tiempo.

Son reflexiones desde la experiencia de los autores para entender mejor las diferentes dimensiones de la sociedad y para saber cómo se interrelaciona el conocimiento. Es un llamado a comprender la cultura y la educación como una unidad. El medio ambiente y el ser humano como un sistema vivo. Comprobar que las personas y la sociedad en la que viven se conectan entre sí, y que no existen las unas sin la otra.

Posturas necesarias para entender el mundo en el que vivimos y asumir los derechos y los deberes que esto implica. Mirar de frente la desigualdad y la discriminación nos permite emprender, como protagonistas de nuestro destino, acciones concretas para combatir estas carencias que se esconden detrás de explicaciones facilistas y alientan una narrativa que perpetúa el estado de las cosas.

En cuanto al capital natural es necesario un enfoque disruptivo que evalúe descarnadamente el momento que vive la Tierra y proponga salidas realistas como la cultura regenerativa, una propuesta que rompe con concepciones tradicionales y advierte sobre la urgencia de un profundo cambio de pensamiento.

Cómo podemos producir un cambio en nuestra manera de entender el universo, y hacia dónde debe ir esa transformación de la mentalidad de los seres humanos son preguntas que ponen en un lugar prioritario a la educación. Al fortalecer comportamientos como la compasión y el respeto por las

diferencias; al reconocer el valor de las emociones, estamos resaltando el sentido humano de la educación. De esta forma convocamos a nuestros contemporáneos a construir una sociedad más justa y feliz.

Un conocimiento amplio del cuerpo humano podría darnos la clave para entender la sociedad como un organismo vivo en el que todo está interconectado. Los ruidos interiores son señales de alteración del funcionamiento de los órganos. El silencio del cuerpo es el mensaje de que todo está bien. La metáfora del cuerpo nos da luces para conocernos profundamente y proyectarnos como seres merecedores de nuestro tiempo.

Al indagar por qué nacen las fundaciones en el mundo nos encontramos con distintos momentos de la evolución de los Estados. Y esta pesquisa nos plantea la necesidad de redefinir los objetivos de las fundaciones en un país en plena evolución como el nuestro.

Este recorrido por algunos temas fundamentales para entender nuestro papel en el mundo nos presenta casos concretos de personas y organizaciones que tejen acciones coherentes y transformadoras del espíritu humano. En este lugar de las realizaciones y los nuevos retos se sitúa la Fundación SURA con su historia de medio siglo cargada de aprendizajes.

# Tejer con letras en medio de la selva

Motete en el departamento del Chocó



Velia Vidal

Todo inició con la decisión de volver. En junio de 2015, luego de veinte años viviendo en Cali y en Medellín, lugares a los que fuimos buscando nuevas y mejores oportunidades, como muchas familias del Chocó, huyendo, quizá, de la precariedad que se vive en esta tierra, decidí, ahora con mi propia familia, regresar a mi lugar de origen para quedarnos.

El Chocó habitaba en mí como el paraíso, el lugar de mis ancestros, mi familia y los días felices, especialmente Bahía Solano, aunque reconocía también aspectos más formales, como que es un departamento joven, que existe como entidad territorial político-administrativa desde 1947; sin embargo, tiene una larga historia marcada por los temas políticos, sociales, económicos, por su cultura, por su ubicación estratégica, su riqueza biogeográfica y también por la esclavización con sus innumerables efectos. La riqueza de su flora, fauna, recursos hídricos y minerales, así como la diversidad de pueblos indígenas y la presencia de africanos esclavizados y sus descendientes, habitaban en mi memoria como lecciones de la escuela primaria y como el paisaje cotidiano de cada una de mis visitas.

A mi regreso tenía un propósito simple: instalarme en Bahía Solano, buscar una casa que nos permitiera tener mucho contacto con la naturaleza y establecer algún negocio que nos generara ingresos suficientes para cubrir los gastos. Desde mi llegada, el 3 de julio de 2015, buena parte de mi ejercicio fue la observación. Buscaba lo que quería hacer en mi vida. No había decidido venirme de Medellín, donde tenía condiciones laborales excepcionales, solo para tener un empleo. Durante los primeros meses tuve muchas conversaciones con amigos y familiares alrededor de la pregunta: ¿qué hace falta en el Chocó? La respuesta casi siempre era: casi todo; sin embargo, esta respuesta no me resolvía mucho, porque nuestro interés no era simplemente revisar el mercado para tener un negocio rentable, sino dedicarnos a algo que estuviera cargado de sentido.

## Todo hace falta en el Chocó

Esa idea de que en el Chocó hace falta todo no es reciente ni exclusiva de nuestro entorno cercano, tampoco es una idea del pasado, por el contrario, es una frase recurrente ante cualquier descripción del departamento y que tiene que ver mucho con su historia poblacional. Desde finales del siglo XIX, la población negra pasó a ser mayoría en esta región, ya que fueron dejando de ser exclusivamente mineros, y con la abolición de la esclavitud, parafraseando a Peter Wade (2018), los esclavos negros que habían trabajado alguna vez en cuadrillas de mineros a través de la automanumisión se asentaron por la selva y los indígenas fueron desplazados gradualmente a las nacientes de los ríos, mientras los negros ocupaban los lugares bajos y medios en un patrón de asentamiento disperso. En la actualidad, el 71,51 % de los pobladores del Chocó se reconocen como negros, mulatos o afrocolombianos. En el caso de Quibdó, capital del departamento, el 92 % de la población se reconoce como negra o afrocolombiana. Hay quienes afirman que esta región tiene la mayor concentración de población afro en América Latina. El departamento está compuesto por treinta municipios y tiene una población de quinientos veinte mil habitantes, de los cuales, aproximadamente, ciento veinte mil están ubicados en Quibdó. Contar con una mayoría de población racializada tiene una relación directa con una historia de exclusión, ausencia de garantía de derechos e impactos del racismo estructural, de ahí que sea tan fácil decir que en esta tierra hace falta todo.

Se reconoce ampliamente el ecosistema de selva húmeda tropical, con presencia de lugares como el tapón del Darién que representan lo inhóspito y agreste de toda la región. La población, con una baja densidad, excepto en la capital, está ubicada en pequeños poblados de difícil acceso, mayoritariamente sin carreteras, a los que se llega por vía marítima o fluvial. Estas condiciones se convierten en una oportunidad para los

grupos ilegales de autodefensa o guerrillas, y en una desventaja para los pobladores.

Decir que en el Chocó hace falta todo también hace alusión a cifras alarmantes como la tasa de analfabetismo, el bajo acceso a los sistemas de salud o de los ingresos promedio; según el Departamento Nacional de Planeación (2019), la cobertura en acueducto es del 20 %, frente al 83 % de la cobertura nacional, mientras que la cobertura en alcantarillado es del 15 %. Quibdó permanece como la capital con mayor tasa de desempleo en el país. Y, contrario a la economía nacional, la economía local en esta ciudad decreció en el 2019 un 5 %. La cobertura educativa está cinco puntos por debajo de la nacional y, en asuntos de calidad, el Chocó ocupa el último lugar en todos los niveles educativos.

A pesar de una respuesta tan aplastante sobre la realidad del departamento, la idea de volver y de haber encontrado lo que llamaba —y sigo llamando— «mi lugar en el mundo» me ha mantenido siempre llena de esperanza. Creo que hacer consciencia de la realidad, con sus bondades y tragedias, nos llevó a hablar de la importancia de no enfocarnos en las necesidades, sino en las oportunidades. Es que, a pesar de una historia trágica, de haber vivido algunos de los capítulos más horribles del conflicto colombiano, la población del Chocó ha sido resiliente. Esto se demuestra en los procesos étnico-territoriales, yendo más allá de la Ley 70 de 1993 y promoviendo acciones como las que lograron la Sentencia T-622 que reconoce al río Atrato como sujeto de derechos, o la gran participación de la población durante la negociación y la implementación del acuerdo de paz entre el Gobierno colombiano y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Estos procesos han demostrado, además, que en contextos como el nuestro es necesario liderar, crear, consolidar y sostener iniciativas de la sociedad civil que aporten a la calidad de vida de sus participantes.

Luego de muchas conversaciones, luego de la escucha y la observación, y atendiendo también a los temas de interés personal, me incliné por aquellos asociados a la riqueza cultural. Como tantas cosas, en el Chocó también hacía falta la garantía del derecho a la cultura y sentí que, a partir de ese derecho, en particular el derecho a la lectura, podría ser detonante del acceso a otros derechos y oportunidades que también venían siendo negados a muchas familias. Así se fue configurando la Corporación Educativa y Cultural Motete, que ya cumplió cinco años de operación y que hoy tiene unos resultados importantes que van más allá de los números, que dan cuenta de un tejido social y afectivo que une a aliados, familias participantes, maestros y maestras, artistas, organizaciones locales y especialmente niños, niñas, jóvenes y adolescentes del Chocó.

## El origen de Motete

Cuatro hechos anecdóticos dieron origen a Motete: el primero ocurrió mientras estaba recorriendo las poblaciones indígenas de Juradó, en la frontera con Panamá por el Pacífico. Pude ver que los *motetes*, que son canastos tejidos con fibras naturales, estaban en todos lados, pensé que la palabra era fácil y posible de pronunciar en muchos idiomas, además, me gustaba el hecho de que fuera un tejido que servía para cargar muchas cosas. El segundo hecho ocurrió cuando me instalé en Quibdó y llegaron los pocos libros que había decidido conservar de mi biblioteca de Medellín, venía un pequeño texto de Federico García Lorca, conocido como «Medio pan y un libro», que es el discurso que pronunció cuando inauguraron la primera biblioteca de su pueblo. Este texto fue como una epifanía, sentí que se revelaba ante mis ojos lo que estaba buscando. El tercer hecho, anterior a los dos mencionados, es que entre julio y octubre de 2015 se desarrollaban las campañas para elección de alcaldes y gobernadores. El tiempo de campaña es propicio para observar todas las prácticas sociales y culturales alrede-

dor de estos sucesos, que van desde la compra de votos, hasta la distribución de licor en grandes cantidades, los actos de cierre con los artistas más importantes de la región, los enfrentamientos de bandos, entre muchas otras cosas. Tuve la fortuna de conversar con muchas personas inmersas en esos asuntos políticos. Escuchar mucho y seguir observando. El cuarto hecho anecdótico es que, cuando llegué a vivir a Quibdó y me reencontré poco a poco con amigos de la infancia; observé que había un recuerdo común: era el de un señor europeo que, hacia finales de los años ochenta, recorría los barrios de la ciudad contando historias de la Biblia. Me sorprendió mucho que hubiese marcado a tantos niños de la época.

Con la idea del tejido presente y con la afirmación de García Lorca de que los pueblos necesitan libros y cultura, así como con la vivencia de que el simple acto de contar historias puede marcar de por vida a un niño o una niña, se fue madurando la idea de querer trabajar en una iniciativa que se centrara en asuntos culturales, en promoción de lectura y en el desarrollo del pensamiento crítico.

Buena parte de mi trabajo en Medellín se desarrolló en el sector cultural. Hice parte del equipo de la Fiesta del Libro y la Cultura, trabajé como comunicadora en la subsecretaría de Cultura Ambiental y dirigí el Parque Biblioteca Fernando Botero. Este escenario me permitió una mirada amplia sobre el poder de la cultura en la construcción y la reparación del tejido social en una ciudad cuya relación con el conflicto es muy conocida.

En una sesión de trabajo amplia, con amigos de diversas áreas del conocimiento, todos habitantes de Quibdó, en la que repasamos las cifras, las condiciones particulares del departamento y las necesidades que cada uno observaba, se configuró el primer documento que podríamos llamar plan estratégico. Ahí se determinó que Motete sería una organización que bajaría por el desarrollo del pensamiento crítico en las fami-

lias del Chocó. Este encuentro se dio en agosto de 2016, para ese momento, sin embargo, ya se venían desarrollando algunas actividades, que allanaron el camino para llegar a esa idea.

## De la idea a la organización

La idea inicial era tomar un *motete* (canasto), llenarlo de libros e ir por los barrios de Quibdó leyendo con los niños y las niñas que quisieran acercarse a escuchar la historia. Seleccioné unos cuantos libros, compramos un *motete* y armamos la que sería mi herramienta principal. Sin embargo, las cosas fluyeron de otro modo, todo arrancó con un grupo de maestros y maestras que estaban interesados en promover la lectura desde el aula, y por ello participaron en un taller realizado en el centro cultural del Banco de la República, que tiene la biblioteca pública más grande de la ciudad, adscrita a la Biblioteca Luis Ángel Arango, una de las más importantes del país. Me invitaron a ser orientadora de ese grupo de maestros y maestras y con esto me animé a conformar un club infantil de lectura.

Logré que nos prestaran las instalaciones de la biblioteca de la Universidad Tecnológica del Chocó y convocamos con una tarjeta digital. En la primera sesión llegaron treinta y cinco niños y niñas. El mismo día que abrimos ese grupo iniciamos, con el apoyo de la Red Juvenil de Mujeres Chocoanas, un club de lectura para mujeres. Con ellas llegamos un par de meses después al barrio El Futuro II —el barrio más distante del sector donde se instalaron las familias que llegaron desplazadas por la violencia a Quibdó—, donde pretendíamos convocar mujeres, pero al no recibir respuesta por parte de estas, armamos un grupo de niños y niñas. Esos cuatro grupos de lectura, incluyendo el de maestros y maestras, fueron la génesis de Motete. Era mi actividad de los tiempos libres, que financiaba con mi salario, aportes de amigos que estaban en

otras ciudades y con el apoyo del Banco de la República en el caso del club de maestros.

Más adelante, y como producto de la jornada de trabajo con los amigos, decidimos que la iniciativa se convertiría en una organización legalmente constituida, lo que ocurrió en septiembre de 2016, cuando empezamos a existir como Corporación Educativa y Cultural Motete. Por esos días, y considerando que mi esposo, Rogelio Ortiz, se había trasladado ya a Quibdó y tenía intereses en los temas culinarios, se nos ocurrió que trabajar con la cultura gastronómica y tener un café cultural eran buenas ideas para financiar el proceso y nuestras vidas. A finales de ese año renuncié a mi empleo en la Cámara de Comercio del Chocó y me dediqué por completo con la Fundación Orbis a generar oferta cultural en un proyecto de vivienda que el Gobierno nacional había entregado recientemente para mil quinientas familias que habían sido victimizadas o vulneradas por diversas situaciones como el conflicto y los desastres naturales.

Tener un café, que era a su vez la sede de los encuentros con los niños y las niñas y el punto de llegada y salida para las actividades en los barrios, traía consigo la responsabilidad de pagar arriendo, servicios públicos, impuestos y todo lo asociado a tener un establecimiento de comercio.

Nosotros estábamos concentrados, sin embargo, en consolidar una oferta artística y cultural para la ciudad. Es así como nace una agenda cultural que incluía cine, conversaciones llamadas «mingas de saberes», conciertos de grupos locales, presentaciones de danza y de teatro. Con las donaciones que llegaron de diversas partes del país, por parte de editoriales y amigos, conformamos una biblioteca de cinco mil libros en el café, en la que era posible consultar, intercambiar o llevarse los libros prestados sin ningún costo o registro.

A los cuatro meses de haber abierto el café cultural empezó el paro cívico, liderado por el Comité Cívico por la Salvación y la

Dignidad del Chocó. Nos manifestábamos en contra del Gobierno nacional, por el abandono histórico al departamento y la ausencia de garantía de los derechos más básicos, como la salud. Esto nos ponía en la que sería nuestra primera crisis conceptual y financiera. En primer lugar, creíamos como proyecto cultural en el paro, en su importancia, de hecho, generamos varios espacios de conversación para que la ciudadanía se informara, conociera lo que pedíamos y supiera también los antecedentes de otros paros que hubo en el departamento y lo que estos representaron. Pero esto implicaba tener el café cerrado y no percibir ingresos, mientras los gastos no paraban y nosotros no contábamos con otra fuente para subsidiar los costos fijos del café y del proyecto de lectura que, para ese momento, ya se llamaba Selva de Letras. El paro pasó y, a pesar del golpe financiero, seguimos adelante. Tener un establecimiento de comercio nos permitió también encontrarnos de frente con los bajos ingresos de la mayoría de las familias de Quibdó. Las personas locales nunca fueron nuestro principal público en cuanto al consumo de productos para la venta. A esto accedían los servidores públicos, los empleados de los organismos internacionales y las personas que vienen de visita a la ciudad, generalmente dedicados a los mismos empleos. Por su oferta, Motete se convirtió en poco tiempo en el espacio cultural por excelencia en Quibdó. Sin la estridencia de la música a todo volumen en la zona rosa, lleno de libros. Con la posibilidad de ser usado para reuniones o eventos de toda clase de públicos: universitarios, reincorporados de las FARC, organizaciones de mujeres y todo el que lo necesitara. Habíamos hecho, además, un esfuerzo grande para que el espacio fuera cálido y bello.

La búsqueda por los ingresos para la sostenibilidad nos llevó a presentarnos a convocatorias del Ministerio de Cultura, a prestar el servicio de preparación de refrigerios, a hacer almuerzos y otras comidas que innovaban a partir de productos locales; llegamos incluso a ofrecer servicios en la operación de algunos eventos. Cada mes de 2017 y de 2018 fue difícil sumar los recursos para cubrir todos los gastos fijos. Aun así, llega-

mos a tener simultáneamente hasta diez empleados y empleadas, y pasaron por la organización, hasta julio de 2019, más de cincuenta personas trabajando para el proyecto.

Lo más importante que se construyó a lo largo de ese tiempo fue un entramado social alrededor de la iniciativa que nos permitió alimentar el proceso con diversas propuestas, sacar adelante muchas ideas con la fuerza del voluntariado —como es el caso de Flecho, nuestra fiesta de la lectura y la escritura del Chocó desde 2018— e ir desarrollando un perfil muy propio, que respondiera a las condiciones de la región, a las características de sus habitantes y que en realidad tomara un camino hacia la sostenibilidad.

## La cultura como empresa social

Uno de los retos más grandes en este proceso ha sido desarrollar habilidades de liderazgo y gerenciales. En Colombia y en muchos países latinoamericanos los procesos artísticos y culturales se desarrollan en la informalidad o dependen directamente del Estado. Liderar un proyecto cultural independiente, privado, en contextos de alta vulnerabilidad y bajos ingresos, representa un reto muy grande. En junio de 2019, cuando la situación financiera llegó a su límite porque los ingresos no alcanzaban a cubrir ni el 60 % de los gastos, tuvimos que tomar la difícil decisión de cerrar el café cultural, que terminó representando una nueva etapa de gran crecimiento para la organización.

Se nos presentó la oportunidad de empezar a operar en la biblioteca escolar del Megacolegio MIA, una institución en el centro de la ciudad con instalaciones nuevas, con un amplísimo espacio para su biblioteca, pero sin libros y sin un equipo que planeara y administrara tan importante componente del

proyecto educativo institucional. Hicimos un acuerdo con el rector y nos trasladamos ahí. Al mismo tiempo estábamos en el proceso de firmar nuestro primer convenio con la Fundación SURA, organización del Grupo que lleva el mismo nombre, una de las compañías más grandes del país y de Latinoamérica. Ellos decidieron apoyar nuestro programa de lectura para ciento veinticinco niños y niñas en cuatro barrios de las zonas con mayor vulnerabilidad en Quibdó. También habíamos ganado el Fondo Emprender, del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), un fondo que entrega créditos condonables para la creación de empresas y que abrió una convocatoria para iniciativas culturales o de economía naranja, de acuerdo con los intereses del Gobierno nacional de turno.

Por esos días recibimos también una asesoría empresarial que nos permitió, de cara a esta nueva etapa que empezaba a experimentar Motete, reorganizar todo lo que veníamos haciendo. Hoy Motete está compuesto por dos personas jurídicas: Corporación Educativa y Cultural Motete, que es una organización sin ánimo de lucro que nos permite presentarnos a convocatorias del Ministerio de Cultura, hacer el convenio con la Fundación SURA o con la institución educativa para el uso y la coadministración de la biblioteca; y del otro lado está el Café Cultural Motete Zomac<sup>1</sup> S. A. S. Con esta última figura pudimos firmar el convenio con el Fondo Emprender y es la que nos permite comercializar productos gastronómicos, vender servicios educativos y culturales, libros, entre otras actividades comerciales.

En marzo de 2020, cuando ya corría nuestro convenio con la Fundación SURA y empezábamos la implementación del proyecto con el Fondo Emprender, mientras realizábamos la tercera Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó (Flecho), nuestras actividades, como las de todos, fueron interrumpidas por la pandemia, pero en Motete seguimos adelante. Luego

<sup>1</sup> Zonas más afectadas por el conflicto armado colombiano.

del tiempo natural de adaptarnos a las nuevas circunstancias individualmente, adaptamos también nuestro programa Selva de Letras para llegar a los hogares de los niños y las niñas. Con nuestra participación en el Fondo Emprender no ocurrió lo mismo, finalmente renunciamos a estos recursos, dado que la carga burocrática era demasiado fuerte para nosotros, que ya habíamos aprendido que era mejor concentrarnos en los procesos que en tener infraestructura física que nos representara costos fijos. La pandemia nos dio, sin embargo, la oportunidad de adaptar nuestro programa Selva de Letras y llevarla a entornos escolares con la financiación de la Fundación Tinker, una organización de Nueva York.

En la actualidad, seguimos enfocados en la generación de encuentros alrededor del arte, la cultura y, en particular, la lectura, para el desarrollo del pensamiento crítico y el ejercicio de ciudadanías autónomas. Conservamos ambas personas jurídicas —que para nosotros corresponden a una sola marca y empresa— que trabajan dos focos: lectura y tejido cultural. Dentro de esos dos enfoques se enmarcan los siete programas que desarrollamos, con los cuales atendemos una población cercana a mil familias en Quibdó y Bahía Solano.

En lectura tenemos el programa Selva de Letras, que se centra en la formación de lectores, para lo cual se desarrolla un proceso de dos años en los barrios y el centro de Quibdó, donde los niños y las niñas, entre cuatro y once años, se acercan al universo del libro, a los géneros literarios, y fortalecen sus habilidades comunicativas y sociales y el pensamiento crítico. Son ochenta sesiones que incluyen visitas domiciliarias, reuniones con los padres, encuentros con autores, préstamos de libros, entre otras actividades. Este programa fue llevado al contexto escolar —Selva de Letras en la Escuela— donde se desarrollaron guías educativas, con enfoque étnico-diferencial para fortalecer las habilidades tecnológicas, comunicativas y del lenguaje afectadas en el contexto de la pandemia. En este mismo programa tenemos el trabajo con maestros y maestras

promotores de lectura, que ya está en su quinto año de ejercicio. Tenemos el programa de bibliotecas escolares-públicas, en el que ahora administramos tres bibliotecas: en una funciona la organización y las otras dos son de instituciones que están en Selva de Letras en la Escuela. Dentro de las bibliotecas se realizan procesos como las vacaciones literarias y el proyecto Ifemelu, que trabaja con la obra de la autora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie como una herramienta para conversar sobre autorreconocimiento y feminismo. Llamamos Otras Lecturas al programa que recoge proyectos de duración limitada, generados regularmente por demanda de instituciones que desean acercar nuestras iniciativas a un público en particular.

En la línea de tejido cultural tenemos la Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó, que se acerca ya a su quinta edición, y en la que se reúnen autores locales y nacionales, se desarrollan talleres, estrategias de comunicaciones, entre otros eventos, para encontrarnos alrededor de la palabra. Tenemos la Librería Cocorobé, que se especializa en ofrecer libros de interés local, esto es, principalmente, con enfoque étnico. Leer el Río es una suma de proyectos asociados a cultura ambiental, dentro de los que se encuentran Atrato Fest, el proyecto de intimidad sonora en Río Quito y Atrato Colaboraciones. Nuestro séptimo programa es más bien un sueño que llamamos Editorial Palafto, en el que queremos publicar títulos que nos representen y que permitan la circulación de títulos de interés para el pueblo afro.

En Motete intentamos alejarnos de la visión exotizada del afrochocoano y, si bien promovemos las manifestaciones artísticas propias, no nos interesa mercantilizar la idea de la cultura afro. Con Motete generamos espacios de encuentro donde, evidentemente, se ponen en escena las manifestaciones artísticas de esta región que son, al igual que su población, mayoritariamente afros, pero tienen también mucho de indígenas. Nos interesa aportar a la garantía del derecho a la cultura. Si bien valoramos la tradición oral, reconocemos que esta ha sido utilizada también para discriminarnos: no escribimos, no

leemos, por tanto, no existimos en la literatura, en la academia —por lo menos no contados por nosotros mismos—; por eso creemos que la apuesta por la lectura y la escritura nos ayuda a cerrar una brecha muy significativa en la exclusión que vive nuestro departamento.

La música y la literatura, como bien lo analizan Robin Moore y Doris Sommer (2018), han tenido un rol muy significativo en los procesos sociales de las comunidades afrolatinoamericanas; el Chocó no ha sido la excepción, sin embargo, como ya lo mencionábamos, uno de los mayores efectos del conflicto ha sido la eliminación de los espacios para el desarrollo y la expresión de estas manifestaciones artísticas y culturales. De ahí la importancia de seguir promoviéndolos y abriendo escenarios para su expresión. Seguiremos en este camino.

Seguramente no viviremos para ver al departamento del Chocó con altos niveles de calidad de vida, porque estamos convencidos, y particularmente lo estoy, de que faltan muchos años para llegar ahí, pero sí tenemos la tranquilidad de estar aportando cada día a que se avance en un proceso que, a la postre, va a desembocar en un departamento afrocolombiano con mayores niveles de equidad, con mejores condiciones en educación, donde las personas puedan ejercer libremente su derecho a la cultura y cuenten con condiciones que les permitan hacer un proyecto de vida aquí, que puedan elegir estar en su territorio sin ser cíclicamente víctimas de racismo y exclusión.

## De aprendizajes y logros

Motete es un ejemplo para encontrar un punto en el que se desarrollen las manifestaciones culturales, se fortalezca y se capitalice el valor que pueden generar los vínculos afectivos familiares y comunitarios, sin caer en estereotipar o exotizar desde la cultura misma. Este es un reto de los pueblos

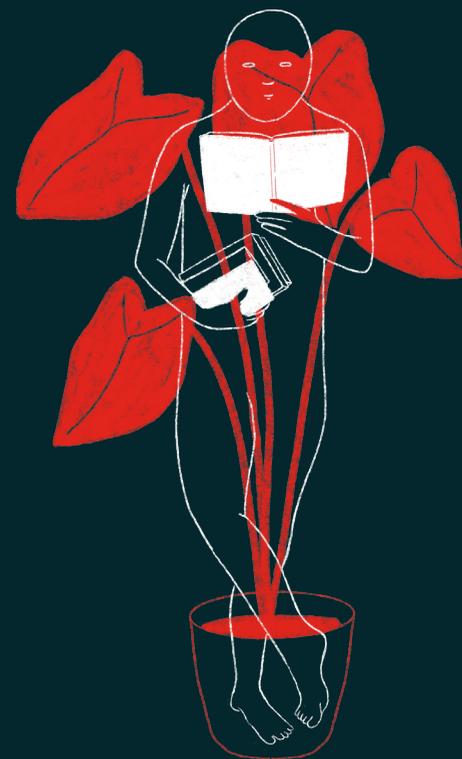
afrocolombianos, en el que las organizaciones como Motete pueden jugar una labor muy importante a partir de la claridad conceptual y el foco en su apuesta misional. Poner en escena, disfrutar de las manifestaciones artísticas, fortalecer las habilidades alrededor del arte y la cultura, es un derecho que también ha sido negado, como tantos, a los pueblos afrocolombianos. Desde la sociedad civil, y con iniciativas empresariales cargadas de sentido, se puede aportar a la garantía del ejercicio de este derecho, a la vez que se generan ingresos y calidad de vida para artistas, promotores de lectura, gestores y quienes decidan desarrollar su proyecto de vida alrededor del arte y la cultura. Pensar en las iniciativas culturales como empresas es apenas lógico y necesario, especialmente en contextos donde hay altas tasas de desempleo y reina la lógica de la caridad, que sigue poniendo a los pueblos afro en el lugar de los necesitados y quienes reciben migajas, cuando sus propias ideas, manifestaciones artísticas y talentos pueden ser una fuente de ingresos. No se trata de la mercantilización de las tradiciones, se trata de generar espacios de encuentro en condiciones dignas, procurando relaciones horizontales y dando sostenibilidad a las ideas y las iniciativas que nos permiten poner la mirada más allá de la satisfacción de las necesidades básicas.

*Este artículo es una adaptación del texto «Cultura, resiliencia y desarrollo de las comunidades afrocolombianas. Motete en el departamento del Chocó», escrito por Velia Vidal Romero como trabajo final con mención honorífica en la primera cohorte del Certificado de Estudios Afrolatinoamericanos del Afro-Latin American Research Institute at the Hutchins Center (ALARI), Harvard University-United States.*

## BIBLIOGRAFÍA

- Hoffmann, O. (2010). De «negros» y «afros» en Veracruz. En E. Florescano & J. Ortiz Escamilla (Eds.), *Atlas del patrimonio natural histórico y cultural de Veracruz* (pp. 127-140), tomo 3: patrimonio cultural. Universidad Veracruzana.
- Ley 70 de 1993, basada en el artículo transitorio 55 de la Constitución Política de 1991, Colombia.
- Moore, R. (2018). Un siglo y medio de estudios sobre la música afrolatinoamericana. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 475-513). Clacso.
- Paschel, T. (2018). Repensando la movilización de los afrodescendientes en América Latina. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 269-315). Clacso.
- Sommer, D. (2018). Libertades literarias. La autoridad de los autores afrodescendientes. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 381-415). Clacso.
- Wade, P. (2018). Interacciones, relaciones y comparaciones afroindígenas. En A. De la Fuente & G. R. Andrews (Eds.), *Estudios afrolatinoamericanos: una introducción* (pp. 117-160). Clacso.
- TerriData. (2020). *Demografía y Población. Departamento del Chocó*. Departamento Nacional de Planeación. <https://terridata.dnp.gov.co>.
- TerriData. (2020). *Demografía y Población de Quibdó, Departamento del Chocó*. Departamento Nacional de Planeación. <https://terridata.dnp.gov.co>.

## Una experiencia útil para tiempos difíciles



Dálida Villa

Aprendí que los seres humanos merecemos la oportunidad de reparar los estragos que hemos causado en el pasado. Lo supe después de vivir parte de mi infancia a la espera del momento en que pudiera recuperar a mi padre que se había extraviado en la adicción al licor. Cuando vi que era posible y que, en efecto, llegó el día en que él pudo salir de su alcoholismo, pensé que habría futuro para mi familia y que todo el mundo debería tener derecho a rehacer su vida. Cuando era niña, mis padres me contaban historias de los años que conocemos como la Violencia de liberales y conservadores y yo veía que esas historias se repetían con otros protagonistas, esta vez no eran los liberales y los conservadores, sino las guerrillas y los grupos paramilitares. ¿Habría para ellos también una nueva oportunidad?

## Unos años atrás

El conflicto colombiano, al que la gente del común prefería llamar *guerra*, a secas, sin eufemismos, ya había tenido experiencias de desarmes y reincorporaciones. El caso del M-19, en 1990, era el más reciente ejemplo de cómo un grupo político-militar dejaba las armas y lograba participar en las decisiones del país. Recordemos que Antonio Navarro Wolff, uno de los dirigentes de esta organización, integró el trío que presidió la Asamblea Nacional Constituyente en 1991. Otros intentos no habían terminado bien y se sumaban a episodios perdidos en la memoria colectiva de los años de la Violencia liberal-conservadora.

En 2003, unas agrupaciones paramilitares se reunieron para hacer entrega oficial de sus armas. Era una nueva oportunidad para aprender de los errores de años pasados y lograr que participaran, además del Gobierno nacional, los gobiernos locales de Medellín y Antioquia, el sector privado y otros actores sociales y religiosos. Ese año marcó el comienzo de un proceso

en el que se involucraron varios de los actores del conflicto y que más adelante empezaría a dar frutos.

En 2005, las noticias tristes que daban cuenta de los horrores de la violencia seguían ocupando los principales lugares en la prensa. La masacre de San José de Apartadó, ocurrida el 21 de febrero de ese año, marcó para siempre la vida de esa comunidad y fue el sonido de alarma para que los colombianos nos preguntáramos para dónde iba Colombia. Se trataba de la muerte de ocho personas, entre las cuales había cuatro menores de edad. Una de las víctimas fue el líder de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, Luis Eduardo Guerra, encargado de las negociaciones con el Estado para que la población no se convirtiera en objetivo militar de alguno de los bandos de la confrontación.

Y mientras ocurría esta tragedia en Urabá, otro país parecía vivir indiferente al drama de las víctimas de siempre. El periódico *Portafolio* publicaba algunos datos del buen momento de la economía que vendría para Colombia en esos mismos meses de 2005. Dijo que la inversión extranjera directa había crecido un 54 % con relación al primer semestre de 2004 y preveía una meta de cuatro mil millones de dólares para el futuro inmediato.

Cifras sorprendentes, si se tiene en cuenta que los desplazamientos en el campo continuaban a pesar de la desmovilización de tres bloques de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC): Cacique Nutibara, Bananero y Héroes de Granada. En total sumaban 2.500 personas que debían insertarse en la sociedad, especialmente en Medellín, una ciudad duramente golpeada por la violencia del narcotráfico y que acababa de sufrir el impacto de la Operación Orión en la comuna 13, de la cual todavía quedan cicatrices profundas.

## Sueños de paz

La reincorporación de paramilitares en 2003 produjo la reacción de un grupo de empresas. Entendieron la necesidad de crear un puente entre las personas que dejaban la guerra para integrarse a la sociedad y a la comunidad que las recibiría. Así se creó Alianza Soluciones, un sueño hecho realidad que nació del deseo genuino de ayudar y servir a una sociedad estremecida por la experiencia de muchos años de un conflicto que todavía no terminaba.

Desde nuestros comienzos, el propósito de Alianza Soluciones ha sido sanar y perdonar. Era necesario que alguien decidiera dar el primer paso que les ofrecería opciones de vida a las generaciones que sobrevivieron a la tragedia de nuestro pasado nacional. Las historias de vida de las personas que iniciaron con nosotros en Soluciones, y las de quienes siguen llegando, nos han permitido ver la construcción de paz como un acto posible que necesita una visión integral del ser humano y de la sociedad. Cada persona que se ve tocada por esta iniciativa se siente invitada a asumir el riesgo y transformarse en un agente de paz desde la legalidad, el perdón y la confianza.

## Patricia, una soñadora en busca de una nueva oportunidad

Patricia<sup>1</sup> tenía trece años cuando la fatalidad la llevó a dejar su vida de campesina para convertirse en parte de la guerra que ya le había arrancado la familia, la tierra y la infancia. Diez años estuvo en armas. Demasiado tiempo para su corta edad. Ella no alcanzaba a entender cómo podría terminar esa pesadilla de sangre. Solo cuando tuvo a su hijo sintió que debía

<sup>1</sup> Nombre ficticio para proteger la identidad de la protagonista.

buscar para él una salida que le permitiera vivir, crecer y educarse como cualquier otro ciudadano del país. Patricia pasó muchas noches despierta en la selva imaginándose como una mujer trabajadora que es aceptada por la sociedad.

La reincorporación a la vida civil del grupo armado al que pertenecía fue el comienzo de un camino que ella se había empeñado en seguir. Tantos años en el ruido de las balas le habían empezado a menguar su fe en un futuro para ella y su familia. Pero Patricia es una soñadora, y los soñadores siempre encuentran cómo hacer realidad sus anhelos. Después de dos años de estar estudiando la primaria, y cuando ya empezaba el bachillerato, llegó al programa Alianza Soluciones. La empresa Sodexo le abrió sus puertas, le ofreció capacitaciones, un empleo digno, un presente y un futuro. Y Patricia, la soñadora, aceptó el reto.

No hay dudas de que para ella debió ser un desafío acomodarse a la disciplina empresarial. Tuvo que adaptarse a la vida laboral, entender las rutinas de trabajo, cumplir horarios, aprender a hacer la limpieza de manera especializada, llevar limpio el uniforme cada día y en buen estado. Pero lo más complicado para Patricia fue aprender a relacionarse, aprender a escuchar sin molestarse cuando le llamaban la atención, ser consciente de sus emociones, dejar de sentir que los demás la estaban juzgando por su pasado.

Patricia superó todos los inconvenientes que tuvo en un comienzo. Terminó el bachillerato y luego estudió una carrera técnica que le ha permitido mejorar sus ingresos y su calidad de vida. Verla hoy trabajando al ritmo de la Colombia que avanza sin pausa, con objetivos claros para su familia, es una gran inspiración para quienes hemos creído en el programa Alianza Soluciones.

Como Patricia, la soñadora, hay muchos otros casos que han salido adelante. Es inevitable que al mirar atrás veamos aque-

llos rostros de incertidumbre y desconfianza del comienzo. Empresarios y reincorporados reflejaban sus dudas y sus miedos. Esos mismos rostros se han transformado a lo largo de estos quince años y cada vez es más fácil hablar con el sector privado de nuestro papel y del compromiso de Soluciones. El tiempo y la seriedad con la que hemos asumido nuestra tarea en la historia contemporánea de Colombia han llevado a los empresarios a seguir creyendo en las oportunidades de construir un país nuevo y prometedor.

## Constructores de Soluciones

Tocar las puertas del sector privado para invitar a los empresarios a participar en Soluciones nos recordó, y nos sigue recordando, lo esencial de la existencia, es decir, qué clase de seres humanos somos y qué buscamos en nuestras vidas. Cómo nuestra historia personal nos determina como actores activos en una empresa y cómo las dinámicas establecidas en las políticas y en los principios fundamentales de las organizaciones se pueden alinear para tener una mirada abierta a la experiencia de la inclusión y la diversidad. Estas preguntas se convierten en factores definitivos a la hora de entender la importancia de apoyar a las personas que están en proceso de reintegración y reincorporación. Para Soluciones ha sido fundamental exponer en múltiples escenarios y de manera detallada nuestra forma de trabajar, los resultados obtenidos en la transformación de las personas que ingresan al programa y conectar estos logros con el propósito superior de nuestras organizaciones en desarrollo sostenible, derechos humanos y cooperación internacional.

La experiencia nos ha enseñado que las dificultades que se nos presentan cada vez que llegamos a una empresa terminan por convertirse en aprendizajes del comportamiento de los seres humanos. Muchas veces, cuando a un jefe se le pide incluir en

su grupo de trabajo a alguna de las personas del programa, muestra, al principio, resistencia a aceptar a quienes estuvieron por fuera de la ley en el pasado, pero, por lo general, al comprender la situación, ese jefe pasa la página y asume su papel de líder. Por eso, quienes han pasado durante todos estos años por Soluciones son la fuente de inspiración que nos impulsa a persistir en nuestro propósito de cambio social.

## Un país agradecido

Son muchas las satisfacciones que hemos tenido en estos quince años de trabajo conjunto con gente y empresas generosas que asumieron su responsabilidad histórica con la paz. SURA y sus aliados en esta esperanzadora propuesta llamada Soluciones saben que el futuro está lleno de retos, y que cada día encontraremos dificultades, pero también nuevos socios y amigos dispuestos a enfrentar obstáculos para ofrecerle a Colombia un camino hacia la reconciliación.

## CAPÍTULO VIII

EL EFECTO DEL AFECTO

## El efecto del afecto



Luz Marina Velásquez

La historia de la Fundación SURA se teje entre historias, entre miradas que descubren miradas. Mi historia, en su historia, comienza en 2007, cuando se crea la Dirección Ejecutiva de la Fundación para ampliar y consolidar el trabajo que durante treinta y seis años había realizado en pro del desarrollo social en Antioquia y Colombia.

Cincuenta años son el mejor pretexto para compartir fragmentos de mi memoria, de lo recorrido y lo aprendido durante diez años. Y aunque esta podría ser una narración cronológica, los recuerdos no siempre se instalan de esa manera, porque con el paso del tiempo se van ordenando como emociones, lecciones o imágenes que se van conectando sin un orden lógico.

Los primeros meses los pasé recorriendo las instituciones que recibían aportes, en un intento por entender el destino de esos cheques tan esperados. Escuelas, asilos, museos, bibliotecas, cultivos, hogares de paso, orquestas... Encontrar tantas iniciativas, desde lugares y perspectivas diferentes, hacía evidentes los contrastes en los que estamos inmersos como sociedad. Como nada es absoluto, cada encuentro era sumergirme en una problemática, en un sueño, en una apuesta, en la ilusión de alguien en pro de alguien... inspiración para la acción, o, mejor, acción para la inspiración.

Las palabras nos permiten entendernos, las pronunciamos y les vamos dando sentidos que nos conectan o desconectan, y otras veces, quizás más de lo que creemos, las vamos nombrando sin sentidos, solo hilando frases que suenen bien o complazcan a alguien. Pues bien, fue en las voces de quienes menos esperaba en las que encontré sentido a palabras que me sonaban a lugar común.

Con Betty, una líder de La Purnia, vereda de la Mesa de los Santos, en Santander, aprendí que pobre es al que le da miedo entregar lo poco o mucho que tiene porque se queda sin nada.

La esperanza la encontré en una conversación con un desmovilizado de las autodefensas que llevaba más de tres años en proceso de acompañamiento y formación en el proyecto Soluciones. Me sorprendió el color de sus ojos, caí en la cuenta de que era la primera vez que me sostenía la mirada mientras hablábamos: «Es que ya puedo pensar en mañana... antes yo no sabía si iba a amanecer vivo».

Margarita, a sus sesenta y siete años, me trajo la constancia. Cada sábado iba a clases a la Institución Educativa La Independencia en la comuna 13 de Medellín. «Yo aquí me quedo hasta que salga leyendo y escribiendo. Quiero aprender a leer la Biblia de cuenta mía, que yo sepa qué dice ahí». Su mirada cansada se iluminaba, esos mismos ojos le permitirían descubrir mundos a través de la lectura, compartir momentos con su nieta y ayudarla a hacer las tareas.

Samuel, a sus cinco años, nos explicó que los niños y las niñas tienen diferencias, pero son iguales porque los hacen acostar temprano; que hay niños crespos, otros peliparados y otros que se ponen sombrero para protegerse del sol.

Changó, un empresario rural del norte del Cauca que cultivaba cacao nos enseñó que si la idea llega es porque es posible, «ahí está la magia». Escucharlo contagiaba, hablaba de sostenibilidad y productividad, enamorado de esa tierra que era su empresa. Changó era abundante en palabras, sueños y emociones.

Con Raimundo, en Sabaneta, Cundinamarca, aprendí sobre el calentamiento solar, «ese problema que tenemos con el sol, que nos está calentando mucho». Y si lo sabrá él que está más cerquita, a 2400 metros sobre el nivel del mar.

Adalgisa decía: «Dios manda pobre, pero no puerco; a mí me gusta tener mi casa muy organizada». Y era impecable. A la entrada de su casa, en su cocina y en sus baños hizo mosaicos con los pedazos de baldosines que encontraba en los desechos del

barrio Olaya Herrera, en Cartagena. Donde otros veían basura, ella encontró materiales de primera para darle color a su casa.

Y como ellos, muchos hombres y mujeres nos fueron dando un significado real de equidad, abundancia, imaginación, amistad, confianza, compromiso o participación, por nombrar algunas de esas palabras que aparecen tantas veces en tantas voces, y que hoy, más que nunca, exigen ser pronunciadas con presencia y acción en contexto para que alcancen eco.

La calidad de la educación es uno de los caminos ineludibles para la competitividad. Desde sus comienzos, en 1971, la Fundación SURA ha estado comprometida con la educación y la cultura, dos líneas constantes en las que ha liderado iniciativas que contribuyen al fortalecimiento institucional de las entidades y al desarrollo de los actores clave de ambos sectores.

Entre las escuelas rurales visitadas identificamos la ausencia de material didáctico adecuado o suficiente para desarrollar actividades en el aula... y ahí nació la idea de tener el primer programa propio que integrara la promoción de la salud, coherentes con el saber hacer de SURA, y la posibilidad de generar experiencias que facilitaran el aprendizaje transversal y el empoderamiento de los docentes. El tema: educación y sana convivencia. El programa: Félix y Susana, nombre que nos habla de felicidad y de salud, dos búsquedas permanentes del ser humano.

No solo se trataba de entregar un material didáctico que motivara a los estudiantes y a los docentes. Se trataba de entender las dinámicas de las instituciones educativas y aportar a su fortalecimiento, de encontrar razones de fondo para unir acciones en pro de una de las problemáticas más complejas: el abuso y el maltrato infantil.

Reconocer el cuerpo, las emociones, los sentidos, era el pretexto para invitar a hablar con naturalidad de aquello que sienten

los niños y las niñas, y que viven en su cotidianidad. Descubrir en los docentes el asomo de su infancia al abordar estas temáticas era descubrir que más allá del material se requería fortalecer la parte emocional de los docentes y, desde allí, lograr un abordaje diferente en su trabajo en la escuela. «A mí nunca nadie me habló de estas cosas, yo lo que aprendí lo aprendí con los amigos», nos contó un docente.

¿Cómo miran a sus estudiantes? ¿Logran descifrar aquello que las miradas callan, silencios o necedades de esos niños y niñas? ¿Será lo mismo que familias y docentes ocultan? ¿Saben leer entre líneas las situaciones a las que se enfrentan en sus hogares?

«Yo quiero saber por qué a los niños les crece el pelo de pa'arriba y a las niñas de pa'bajo». Una conversación espontánea desde un juego permite ver más allá de los comportamientos evidentes; escuchar de otra manera lo que se dice es trabajar en la identificación y la prevención de abusos y, sobre todo, en la promoción de una sana convivencia, donde la comunicación es un factor determinante. Y empieza en los primeros años.

Así, con esa intención, Félix y Susana se fue consolidando como un programa que desarrollaba la Política Nacional de Educación Sexual y Convivencia Escolar, no solo en Colombia, sino en El Salvador y en República Dominicana.

La educación se conecta con la cultura, y ahí, entre música, danzas, pinturas, tejidos y letras, la Fundación ha creído e impulsado las instituciones que promueven y custodian el arte, la creatividad y la memoria como procesos de identidades y patrimonios, porque en nuestros países, diversos por esencia, no tenemos una única identidad, y en el tiempo se van consolidando nuevos patrimonios.

—Doctora Marta, ¿las piedras florecen?

—Sííí, claro, en forma de escaleras, ventanas, paredes...

Mientras un niño de cinco años le hacía esa pregunta a Marta Chalela, líder de un proyecto en Santander, yo observaba un terreno desértico, rocas y piedras, y me quedé pensando en esa respuesta. Aprender a valorar el paisaje, la tierra, ese era el mensaje. Ella nos enseñó a valorar el manantial que reside en el rocío de la mañana para nutrir una planta, para devolverle la memoria a la tierra. Nos enseñó a creer.

Descubrí metáforas simples que daban una lectura profunda a la vida, a la naturaleza, a las relaciones, muchos mensajes pronunciados por personas que no saben conjugar ni interpretar letras, solo saben de vivir y de sentir... eso es lo esencial.

Durante un buen tiempo tuve en mi mano una manilla tricolor tejida por los indígenas del Cauca. Negro, rojo y beige como un homenaje a todos los colores de piel y a las múltiples visiones del mundo en un mismo territorio. Una riqueza invaluable que se nos escapa entre el abandono, la exclusión y la indiferencia.

La apuesta por un desarrollo integral de comunidades rurales nos condujo a territorios donde las violencias han marcado cicatrices no solo en la historia, sino en los cuerpos de tantas personas, que a pesar de esos dolores vividos creen y siguen apostando por hacer las cosas de una manera diferente por el futuro de sus hijos. Debo decir que eran los proyectos que más tiempo e inversión nos demandaban. No era simplemente pasar recursos para ampliar o mejorar un cultivo, era articular acciones e instituciones que quisieran, como mínimo, estar cinco años trabajando desde diferentes aspectos: educación, infraestructura, seguridad alimentaria, comercialización, en fin, lo necesario para hacer un proceso viable y sostenible.

«Yo no quiero vivir igual a mi papá, que se mata a sol y lluvia todos los días, y no nos alcanza para nada, yo me quiero ir de aquí», lo escuché, palabras más, palabras menos, en el norte del Cauca, en Buenaventura, en Vigía del Fuerte, en el Eje

Cafetero, en Sonsón... y en otras partes donde los jóvenes no ven en su tierra una oportunidad ni una inspiración.

Aprendimos de cultivos de mora, caña, asaí, papa criolla, cacao, chontaduro, tomate, achiote, ají, fique, aprendimos que no hay recetas únicas, que el río y la montaña dan acentos a cada contexto, y que el desarrollo rural requiere, además del compromiso de las comunidades, tiempo, dinero, seguridad, tecnología... voluntades. Algunos proyectos prosperaron, pero muy pocos en realidad.

Más allá de participar con aportes financieros a entidades o proyectos, es implicarse, movilizar el talento para compartir tiempo y conocimientos, conectar propósitos que influyan en la transformación y, en especial, generar un entendimiento de esa realidad que desconocemos, pero desconocerlos no quiere decir que no existan. Leer en voz alta, acompañar emprendimientos, mejorar la infraestructura educativa, jugar, por nombrar algunas de las iniciativas que promueve el voluntariado corporativo, son actos de confianza, de reconocimiento, de valoración, de suma de voluntades. Y eso importa, importa para quien se encuentra una persona que mira a los ojos y genuinamente quiere estar ahí. Importa para quien decide estar presente en la vida de otra persona compartiendo lo que es. Importa cuando se cree que es posible, y esa es la fuerza que impulsa a los voluntarios, la confianza en que, si entre todos se aporta, entre todos se transforma. No solo es dar y recibir, o que porque alguien tenga más entonces debe compartir, eso sería reducirlo a un acto de compensación para calmar conciencias. Es entender que los asuntos sociales nos competen a todos, requieren compromiso y movilización colectiva.

En cincuenta años hay muchos días, momentos, personas. La Fundación nació antes de que las discusiones frente a la participación de las empresas en el desarrollo social fuera una exigencia del entorno, antes de que se discutiera si el asistencialismo era o no el camino, o si las fundaciones eran de pri-

mer o segundo piso, si sus acciones debían estar alineadas al quehacer de los negocios para ser estratégicas, en fin, nació con un sentido claro: aportar a la superación de aquellas problemáticas sociales que afectaban el desarrollo y la calidad de vida de las personas.

El compromiso de las empresas con los territorios de los que hace parte no es un asunto retórico, es un imperativo ético que impacta su operación tarde o temprano. No se trata de si se es asistencialista o estratégico, si se tienen una o tres líneas de inversión, se trata de saber leer las necesidades y articular acciones que incidan en superar esas condiciones que limitan el acceso a las oportunidades.

Entre un proyecto y otro, fui entendiendo que el indicador de confianza y desarrollo no se lee en los informes anuales, sino en los ojos. Mirar al suelo, un camino reducido. Mirar al frente, un horizonte por recorrer. Cambia la mirada y cambia la perspectiva.

Una de las frases que se me quedó anclada es: «Quiero llegar a ser alguien, estudiar para ser alguien», la escuché tanto que me he cuestionado sobre lo que realmente nos importa. A veces nos desgastamos en debates, discursos, enfoques, teorías, y al final se requiere más pensarnos como humanos, con aspiraciones y sueños comunes. Muchos esfuerzos y recursos que se le escapan a lo más valioso. Ser y sentirnos alguien no requiere más que reconocernos y respetarnos desde la dignidad humana, ese derecho que tenemos desde el primer respiro.

Las historias narradas, en voces de todas las edades, durante el tiempo que hice parte del equipo de la Fundación, dan cuenta del efecto del afecto, de lo que se logra cuando hay intención y atención genuina: siembra y cosecha de confianza en uno mismo y en los *demás*.

# Epílogo

IGUALDAD  
CAMBIO  
HUMANIZACIÓN  
CUERPO  
EVOLUCIÓN  
TEJIDO  
OPORTUNIDAD  
AFECTO



Fundación SURA

**L**as empresas tenemos la responsabilidad de construir valor público para incidir en la comunidad de la que somos parte. El camino apenas empieza y en buena hora hacemos estas reflexiones que nos dan luces para orientar nuestras actividades. Estamos orgullosos de lo que hemos hecho hasta ahora, pero también tenemos la convicción de que no es suficiente. Es necesario que todas las personas, y no solo las fundaciones, comprendamos la sociedad desde todas sus dimensiones, estimulemos la gestión y la apropiación del conocimiento, realicemos conexiones entre diferentes actores y sectores, favorezcamos estrategias que movilicen el desarrollo del ser, la sociedad, los ecosistemas y el medio ambiente.

Se trata de habitar el mundo desde el conocimiento múltiple de diferentes saberes, partiendo de la comprensión del panorama completo que, además, involucre conocimientos profundos y particulares de las problemáticas sociales. La Fundación tiene un papel importante y ese es el llamado: profundizar sobre esos conocimientos que nos lleven a superar las brechas para avanzar en los territorios y hacer las conexiones globales necesarias para impulsar la transformación de nuestro modelo de desarrollo.

Nos referimos a la búsqueda del bienestar de la humanidad. El camino es impulsar el desarrollo armónico de la sociedad, que se genera cuando existe un balance en las relaciones de interdependencia entre sus diversos actores. Significa que el aumento de bienestar de uno no va en vía opuesta al de otro, y que, al garantizar unas condiciones de equilibrio, el crecimiento se da en el presente y en el futuro. La inversión y las acciones concretas que realizamos en el día a día deben ir en ese sentido.

Asumir estos propósitos requiere una actitud crítica y autocrítica de nuestra propia historia. Como actores de la sociedad en la que vivimos tenemos la responsabilidad de saldar deudas acumuladas durante años y que no podemos desconocer.

Las empresas y las fundaciones podemos aportar, compartir y recibir conocimiento entre las comunidades y los territorios, anticiparnos al reto que nos plantea un modelo económico que parece haber olvidado el capital humano, natural y social. Solo con propuestas y posturas radicales frente a estos temas centrales de nuestra actividad seremos dignos habitantes de un lugar en el tiempo.

## LOS AUTORES

### ALEXANDRA HAAS (MÉXICO)

Abogada. Defensora de derechos humanos. Fue presidenta del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación. Autora de diversos artículos y del libro *Le decían El Chino*, publicado por la Secretaría de Cultura de México en 2017.

---

### BRIGITTE BAPTISTE (COLOMBIA)

Bióloga. Rectora Universidad EAN. Premio Prince Claus 2018. Magíster en Conservación y Desarrollo Tropical en Gainesville, Universidad de Florida (beca de la Comisión Fullbright).

Como becaria Rusell Train (WWF) adelantó estudios adicionales de posgrado en Ciencias Ambientales (Economía ecológica y manejo de recursos naturales) en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Recibió un Ph. D. Honoris Causa en Gestión Ambiental del Instituto Universitario de la Paz (Unipaz) en 2016.

---

### MATÍAS REEVES (CHILE)

Magíster en Filosofía y Políticas Públicas de la London School of Economics and Political Science, donde fue becario Chevening. Magíster en Gestión y Políticas Públicas e Ingeniero Civil Industrial de la Universidad de Chile. Ha dedicado su carrera profesional a la educación, el liderazgo, el emprendimiento social, la filosofía y las políticas públicas. Es fundador de Fundación Educación 2020 y actualmente presidente del Directorio, fue asesor del Ministerio de Educación durante la reforma educacional de la presidenta Michelle Bachelet, participó en el equipo docente del Centro de Sistemas Públicos de

la Universidad de Chile en el Diplomado de Gestión Estratégica Educativa. Actualmente se desempeña como Coordinador Regional de movilización de recursos de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura para América Latina y el Caribe (FAO).

---

#### ÁLVARO RESTREPO (COLOMBIA)

Bailarín, coreógrafo y pedagogo nacido en Medellín en 1957, criado en Bogotá, de padres cartageneros. Fundador y director de El Colegio del Cuerpo (eCdC). Considera su mayor logro ser un sobreviviente en este país en el que la vida ha perdido su valor sagrado.

---

#### JORGE ORLANDO MELO (MEDELLÍN, COLOMBIA)

Historiador de las universidades North Carolina y Oxford. Filósofo de la Universidad Nacional de Colombia. Consejero presidencial para Medellín en 1993-1994. Autor de *Historia mínima de Colombia* (2017), *Historia de Colombia: el establecimiento de la dominación española* (1977), *Sobre historia y política* (1978), *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia* (1992), *Ensayos de historiografía* (1996) y centenares de artículos sobre historia, política, cultura, educación y bibliotecas.

---

#### VELIA VIDAL (BAHÍA SOLANO, COLOMBIA)

Escritora nacida en 1982. Amante del mar y de las lecturas compartidas. Primera ganadora de la Beca de Publicación de Autoras Afrocolombianas, del Ministerio de Cultura,

con *Aguas de Estuario* (Laguna Libros, 2020). Participó en la publicación *Oír somos río* (2019) y su edición bilingüe alemán-español (Grindwal Kollektiv, 2021). Publicó *Bajo el yarumo*, que hace parte de la publicación *Maletín de relatos pacíficos* (Instituto Caro y Cuervo-Fondo Acción, 2017). Fundadora y directora de la Corporación Educativa y Cultural Motete y la Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó (Flecho). Certificada en Estudios Afrolatinoamericanos. Máster en promoción de Lectura y Literatura Infantil. Especialista en Gerencia Social. Comunicadora social-periodista.

---

#### DÁLIDA VILLA (COLOMBIA)

Psicóloga, Jefe de Desarrollo Sostenible de Sodexo y líder nacional de Alianza Soluciones.

---

#### LUZ MARINA VELÁSQUEZ (COLOMBIA)

Comunicadora social y periodista, especialista en Gerencia Pública. Directora ejecutiva de la Fundación SURA entre 2007 y 2017 y gerente de Responsabilidad Corporativa de Grupo SURA entre 2012 y 2017. Actual vicepresidenta de Talento Humano de Seguros SURA, Colombia.

## CRÉDITOS

### Habitar un lugar en el tiempo

#### Autores

Alexandra Haas  
Brigitte Baptiste  
Matías Reeves  
Álvaro Restrepo  
Jorge Orlando Melo  
Velía Vidal  
Dálida Villa  
Luz Marina Velásquez

© Grupo de Inversiones  
Suramericana S.A. Grupo  
SURA

#### Consejo directivo de la Fundación SURA

Gonzalo Alberto Pérez Rojas  
Presidente de Grupo SURA

Juana Francisca Llano Cadavid  
Presidente de Suramericana

Ignacio Calle Cuartas  
Presidente de SURA Asset  
Management

Mónica Guarín Montoya  
Vicepresidente de Desarrollo  
Humano y Sociedad de Grupo  
SURA

Carlos Ignacio Gallego  
Presidente de Grupo Nutresa

Juan Luis Mejía Arango  
Miembro independiente

Ángela María Alzate Ochoa  
Miembro independiente

María Mercedes Barrera Tobar  
Directora Ejecutiva de la  
Fundación SURA

HABITAR UN LUGAR EN EL TIEMPO

FUNDACIÓN SURA

Editor  
Juan Diego Mejía

Coordinación editorial  
Julia Correa Upegui

Comité editorial  
Ana Cristina Abad Restrepo  
Juan Fernando Rojas Trujillo  
Nathalia Franco Pérez  
Juliana Arango Uribe  
María Carolina Suárez Visbal

Edición y diseño gráfico  
Mesa Estándar  
Juan David Díez  
Miguel Mesa  
Verónica Montoya  
Manuela Sánchez

Corrección de estilo y cuidado  
de la edición  
Catalina Trujillo Urrego

Ilustraciones  
Juan José R. Bianchi

Impresión  
Taller Artes y Letras S. A. S.

ISBN  
978-958-53746-1-4

Primera edición,  
diciembre de 2021  
Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la  
autorización escrita de los  
editores, bajo las sanciones  
establecidas en las leyes, la  
reproducción total o parcial de  
esta obra por cualquier medio  
o procedimiento.

FUNDACIÓN

sura 



*Habitar un lugar en el tiempo* fue impreso en diciembre de 2021, en el Taller Artes y Letras S. A. S. Para la formación de textos se utilizaron fuentes de las familia tipográfica Sabon, diseñada por Jan Tschichold, en 1967. También se usó la fuente Unit Pro, diseñada por Erik Spiekermann y Christian Schwartz, en 2003. El tiraje fue de 1000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.

## Reflexiones sobre la igualdad

ALEXANDRA HAAS

## La dirección del cambio

BRIGITTE BAPTISTE

## Humanizar la educación. El más grande desafío que nos deja la pandemia

MATÍAS REEVES

## Y.O.S.O.Y./S.O.M.O.S. C.U.E.R.P.O.

ÁLVARO RESTREPO

## Las fundaciones y la sociedad: una aproximación al caso colombiano

JORGE ORLANDO MELO

## Tejer con letras en medio de la selva: Motete en el departamento del Chocó

VELIA VIDAL

## Una experiencia útil para tiempos difíciles

DÁLIDA VILLA

## El efecto del afecto

LUZ MARINA VELÁSQUEZ

FUNDACIÓN

sura 